

Concurso Literario medioambiental 2024, congregación

Hermanas de la Providencia.

Colegio: Sagrados Corazones de La Serena.

Autor: Javier Johannes Armijo Timmermans (Ferdinand.)

Cargo: Encargado de Convivencia Escolar.

La palma del recuerdo.

Nadie sabe exactamente como llegó al lugar en donde se encuentra. Algunos dicen que fue plantada hace muchas décadas, otros que los indios diaguitas de nuestra tierra, pasando con su caravana de llamas cargadoras, dejaron caer una semilla redonda como una esfera y rodó por el suelo y allí, escondida, creció, entregando el saludo generoso de sus ramas verdes que, aunque de apariencia toscas, son como manos que se alzan en el aire, así como saludando, entregando una dicha de sombra y verso que atesorada por la memoria de cientos de generaciones, prevalece en la memoria de la ciudad de La Serena.

Muchos años atrás, cuando se estaba por cumplir un siglo de la existencia ininterrumpida del colegio Sagrados Corazones de La Serena, una niña de delantal blanco y mirada asombrada ante tal prodigio de la naturaleza se acercó e intentó abrazar a este ser vivo casi milenario y una Religiosa de mirada atenta y con voz dulce le dijo:

“ Es una palma chilena, ha estado aquí muchos años y ha visto como hemos crecido, llegado y partido a muchos lugares”.

La niñita miró atónita a la Hermana de la Providencia que como en un cuento y con un tono de voz casi de sortilegio le contaba que ella también, siendo pequeña se asombró de la magnificencia de esta hermosa palma y que cuando eran pequeñas, se juntaban a sus pies para recoger sus semillas, redondas como la luna y dulces como la miel, con un gusto exótico, que las transportaba en su imaginación a tiempos arcaicos.

Fueron pasando los años, esta pequeña niñita fue creciendo y la palma pasó a ser parte de su vida, de su identidad, sintiéndola como un integrante más, así como un viejo amigo que sabes siempre estará allí para ti. Mientras tanto, pasaban los días, semanas y años en los que sus hojas y vainas crecían y entregaban no solamente su dulce tributo, sino también una sombra severa y fiel que acompañaba a todos quienes caminando se encontraban y maravillados alaban la mirada hacia este gigante del bosque chileno.

Un día esta niñita ya era adolescente, estaba a punto de terminar su curso de 6to de Humanidades y recordó antes de irse la maravilla que significó esta palma en su vida y en silencio, ahora más grande y consciente de la importancia del cuidado de la naturaleza y más aún del verdadero patrimonio vivo que significaba este ser vivo, la abrazó por última vez, le dio las gracias por haber cobijado con amor y ternura de amiga, o hermana mayor a ella y sus compañeras de curso, prometiendo un día de alguna manera, regresar, porque este no era un “adiós”, sino un hasta pronto.

Ella se fue de la ciudad, creció, guardó en su corazón las enseñanzas de amor, justicia, verdad, amor y fe que su colegio depositaron en su corazón y crecieron firmes y enérgicamente, arraigándose como esa palma de su recuerdo.

Fue así que pasaron los años y no al azar, porque nada es coincidencia, todo es Providencia, regresó a su ciudad. Aún recordaba ya como eran las calles de aquella ciudad aún adoquinada en su niñez, ahora asfaltada y con vehículos, buscando en lontananza la mirada fiel y soberana de la copa de la palma en el horizonte, hasta que allá, a lo lejos divisó su estilizada silueta, como marcando el lugar donde hace más de 60 años la vio por última vez.

Legó a la entrada del colegio, la iglesia le saludó con su gesto mirada de madre que recibe a un hijo que llega sin avisar, como invitándola a pasar. De tal forma su corazón se agitó, avanzó un paso, luego dos, hasta que sus pies recordaron el camino, la escalera, los vitrales que al costado derecho dibujaban la silueta de Jesús y María.

Pidió entrar y accedió al patio en donde aún estaba su palma querida, imponente y floreciendo, con su estela de polen y florecitas blancas diminutas, que dibujan en el suelo una estela que las lleva el viento, dispersando su polen en un ciclo sin fin de creación, polinizando nuevas palmas y generando nuevas semillas que harán que esta historia prosiga por muchas generaciones más.

Esta señora mayor, ahora vino a dar las gracias a nuestra palma, ya que antes de irse, años atrás, se llevó una semilla, la plantó y creció, siendo ahora una hermosa palma que replica su presencia, sombra y delicioso frutos tal y como lo hizo alguna vez cuando era estudiante en la noble y humilde tierra del Elqui.